

levisión y otros de los llamados maravillosos inventos de (in)comunicación (a)social.

Bien; ahora Adolfo Celdrán, Hilario Camacho, Pablo Guerrero, Luis Pastor, descendientes directos —porque son casi los mismos fundadores— de aquella canción hecha en castellano, pasan a engrosar, por el breve espacio de tiempo que la actualidad de estas cosas permite, el grupo de cantantes con disco en el mercado. Adolfo ya supo de esa suerte, Hilario también, pero únicamente a través de discos que (¡cosa extraña!) fueron escasamente difundidos y airados. También Pablo Guerrero, extremeño él, pero instalado en Madrid hace ya años, había probado las mieles de un LP. Pero ni el **Silencio** (toda una premonición) de Celdrán; ni el **A pesar de todo** camachiano; ni el **A cántaros** guerrero habían tenido continuación hasta ahora, y han transcurrido cuando menos dos años, y cuando más (el caso de Adolfo), casi seis. En cuanto a Luis Pastor, cantor que viene trabajando con dedicación y firmeza hace ya casi un lustro, no es sino ahora cuando se ve «recompensado» con la primera grabación de largo alcance.

Claro, que este hecho no se ha producido de una forma milagrosa y abstracta. Detrás de esta posibilidad de sacar nombres y cantantes adelante, hay también personas con denominaciones concretas: una casa de discos llamada Movieplay, a través de una serie llamada Gong, que dirigen y asesoran unos señores llamados Gonzalo Garcíapelayo y Antonio Gómez...

Pero volvamos a los discos, y vayamos por partes.

El **4.444 veces, por ejemplo**, de Adolfo Celdrán, es una continuación temática y formal de aquel gran disco, con portada de Genovés, que fue **Silencio**. Ha pasado mucho tiempo, y, efectivamen-

te, eso es lo que se advierte en este LP, que no demuestra una puesta al día musical suficiente. Lo que no significa que sea desdeñable, porque en ocasiones, cuando «estamos tocando el fondo», las fórmulas pasan a un segundo plano. Apartado de la música, bien a su pesar, destinado a su labor como profesor e investigador en Alicante, Adolfo Celdrán ha debido alejarse a la fuerza de las corrientes musicales de nuestra canción, caso de que existan. Un buen día, una llamada inesperada posibilita el meterse en un estudio de grabación, y no es cosa de desperdiciarla el que tiene algo que decir. Este es el caso de Celdrán, que, a pesar de todo, logra momentos admirables en su disco, como esa **Doña Rosita**, sobre un texto de García Lorca, o sus propias composiciones **El desplantador y Canción pequeña**. También hay poemas de León Felipe y Miguel Hernández en su voz, y es que el silencio no puede impedir la fidelidad...

Hilario Camacho es un caso bastante diferente de cantante. Sintonizado más bien con una generación posterior, podríamos encuadrarle de algún modo, también, con las tendencias humanistas y algo «naïfs» de los contraculturales USA y sus derivaciones en nuestro contexto. Así, es un músico más preocupado por la envoltura que por el qué envolver, aunque tampoco se desprecie esto. De **paso**, título de su LP de ahora, es, efectivamente, un paseo por la búsqueda y por la investigación sonora, paseo de algún amor y de alguna muerte, pero paseo al fin y al cabo. No hay meta lograda, no hay objetivo conseguido. Ni era seguramente esa la intención, ni lo son, evidentemente, los logros. Siendo como es éste un buen disco, hace falta todavía una mayor madurez, una más grande convicción por parte del cantante y del músico. Sin embargo, habida cuenta de la penuria

que existe por estos pagos, este trabajo sobresale por su adelanto respecto a los demás a nivel musical, porque el lenguaje sonoro que emplea Hilario, a pesar de sus vacilaciones e imperfecciones, ha traspasado galaxias en las que están aún otros...

De Luis Pastor hay que comenzar diciendo que es uno de los escasos valores que han surgido en los últimos años, un valor de alcance extralocal. Instalado

en la conflictiva y luchadora Vallecas de los años setenta, Luis va a quedar como uno de sus portavoces más serenos, aunque, naturalmente, sus canciones no se refieran única y exclusivamente a la problemática de una ciudad dentro de otra macrociudad. Luis Pastor, junto con Elisa Serna, es hoy día el prototipo español de cantante comprometido, pero no por el hecho de que sus canciones sean más o

menos arriesgadas y audaces: el compromiso viene dado por el contacto directo y continuo con las gentes con las que se desea el intercambio y con los que están necesitados de él. Es un compromiso hecho a fuerza de comunicación cotidiana y diáfana; sin tapujos, sin trampas. El disco de Pastor, **Fidelidad**, contiene algo del trabajo del cantante en estos años. El mejor poemario está recogido en él: Carlos Álvarez (admirable esa **Parábola sobre el billar**), Pablo Neruda, Nicolás Guillén, Octavio Paz, Alberti, Arbeloa, Blas de Otero... Y también hay finalmente una precisión en el momento de escoger acompañamientos para tan excelsas plumas, un trabajo musical, en suma, que engloba, potencia y enriquece —generalmente— a la forma literaria.

Del disco de Pablo Guerrero, solamente dos palabras. Eran canciones contenidas, en buen número, en su LP anterior, y es por ello una casi repetición de aquél. La actuación en el Olympia, de París, fue brillante, pero insuficiente para una grabación realmente apetecible. Esperamos, por tanto, el próximo disco de Pablo, el que nos dé medida real de su actual valor. ■ **ALVARO FEITO**.

Sobre danzas del pasado

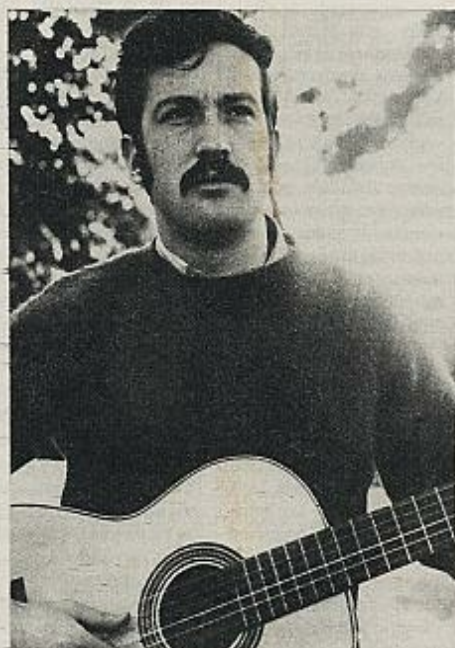
La atracción por la música antigua existía ya; la afición por los instrumentos originales como base de las interpretaciones «auténticas» estaba despierta también desde años atrás. Incluso existían agrupaciones y conjuntos dedicados a su cultivo, así como precedentes discográficos; pero creo que es ahora cuando de verdad se nota entre nosotros el «boom» de la música antigua de danza.

Hablábamos de precedentes discográficos: es obligado mencionar el editado hace unos dos años, que se llamaba —y se sigue llamando, porque todavía es

fácil de encontrar— «Dos Orquestas de Balle del Renacimiento» (EMI J 053-04.849). Este disco, grabado por casi toda la plana mayor de intérpretes británicos de música antigua, partía de «La Danserye», de Tielman Susato —compositor del siglo XVI que no era desconocido entre nosotros por cuanto sus obras formaban y forman parte del repertorio normal de conjuntos como Atrium Musicae y el Grupo LEMA—, y llegaba al importante «Primer Libro de Lecciones de Conjuntos», de Thomas Morley, obra fundamental por ser la primera en especificar instrumentación para las composiciones que recogía, debidas a los autores más notables de su época: Byrd, Dowland. Existían también precedentes discográficos de las citadas agrupaciones —desafortunadamente, no en el número que éstas merecen— y otras no nacionales, como el Studio der Frühen Musik; pero la mayoría de las veces se encontraban intercalados en discos no específicamente dedicados a música de danza.

Poco después, Archiv Produktion da salida aquí a las grabaciones de Ulsamer-Collegium con su galardonado «Danzas del Renacimiento» (25 33 111), que se ve continuado, ya en 1974, por «Música de Danza de Principios del Barroco» (25 33 150), donde encontramos auténticos tesoros de la historia de la música, como la Gallarda del príncipe de Venosa, o el Heigh-Ho Holiday, de Anthony Holborne. Las presentaciones son precisas y especifican la instrumentación de cada una de las obras interpretadas.

Por fin, llegamos a 1975, y aparece el tercer ejemplar: «Música de Danza de Finales del Barroco» (25 33 172). Konrad Ragossnig, mejor a la guitarra que al laúd, dedica su atención a la obra de Gaspar Sanz, mientras que el Ulsamer recibe importantes refuerzos para interpretar el programa más completo de toda



Adolfo Celdrán.



Hilario Camacho.